

el del ave presa en nuestra mano dando latidos, testigos de su temor.

Dejámoslo ir, y entregamos las prendas á las damas, que no sin regocijo las recibieron.

Grave es el suceso, dijo el alguacil; y yo no puedo dejar de hacer aquello á que he venido. Pero ¿dónde se encuentra Monipodio? Él en tal trance aconsejarme como amigo antiguo, y con su discreción conocida.

—Eso estamos esperando todos, exclamó doña Casilda; dos horas há que aquí le esperamos, caso extraño en él, pues con la caída del sol viene á su casa siempre.

Oyéronse pasos hácia el zaguán; pero en vez de Monipodio, entró un viejo venerable cubierto con un gran sombrero.

—¡Ah, ya! es D. Matías, el amigo de Monipodio, prosiguió la vieja: el que se dedica á coger hierbajos y animalitos diciendo que estudia la natural historia.

—Buenas y santas noches nos dé á todos Dios, dijo el viejo.

Era alto, muy seco, calvo y desdentado, nariz por extremo larga y en forma de pico de águila. Por ella y por su mirada tenía toda la apariencia de un ave de rapina. En sus largas y descarnadas manos tenía una pequeña y espesísima red de seda, que arrojaba sobre las plantas apresurándose á cerrar cuidadosamente la boca de la misma para coger los animalillos.

Buena cacería he hecho hoy, continuó. ¿Qué tal? Y quitándose el sombrero vieron todos que en lo interior de la copa estaban clavados con alfileres por mitad de

sus cuerpos variedad de moscas de esplendentes colores y sobredorados matices. Todas movian manos y patas.

Algunos se estremecieron pensando en los dolores de los animales, y le preguntaron:—¿Y viven así mucho tiempo?—Ya lo creo, replicó; viven cinco, seis y aún siete días. Mirad, en medio de que estoy acostumbrado, no se me pasa jamás de la mente el recuerdo de la triste historia de una mariposa que cogí vivita cual están éstos. ¡Qué mariposa! no he visto otra de más belleza. La clavé como tengo clavadas estas moscas. Todos los días iba á contemplarla; ¡oh qué lindica! le decía, ¡qué preciosilla! no te impacientes: tú serás el orgullo y la maravilla de mi casa. Me enamoré de ella: no pensé en otra cosa seis días continuos. Al sétimo ya estaba casi desfallecida. Al sentirme parece como que por postrimera vez me demandaba compasión, moviendo débilmente sus patitas y pidiéndome la libertad y con la libertad la vida que la abandonaba. ¡Querrán usarcedes crearlo? ya no fuí mio! Me enternecí, me enternecí: soy hombre, aunque médico, y médico que por cierta purga mortal estuve en galeras algun tiempo por calumnias de envidiosos. Pudieron más en mí la compasión y la ternura que el deseo del estudio.

Bien, muy bien me parece, dijo doña Casilda con lágrimas en los ojos.

¿Con que tuvo usarced compasión de ella? añadió Piés de liebre, limpiándose con la mano los suyos.

Sí; esa es la verdad, exclamó el viejo: no pude por menos. El encanto de su belleza triunfó en mí: mi corazón tierno hizo al fin de las tuyas.

— ¿Y qué hizo ucé? preguntó la vieja.

— ¿Qué? replicó el médico. La maté.

Unos quedaron asombrados; Breva mirándolo con la boca abierta; Mondadientes encogiéndose de hombros; doña Casilda lo miró sonriéndose y cabeceando.

Pero ¿dónde está Monipodio? dijo el viejo, que desde hoy al mediodía, que lo vi tomando el sol sentado en ese campo más allá de la huerta de Nuestra Señora de los Remedios, no he podido tropezar con él por ese campo, al volver yo del camino de San Juan de Alfarache.

¡Ay desdichada de mí y desdichados de nosotros! dijo doña Casilda: Monipodio sin duda es muerto. Al volarse el molino de la pólvora, sin duda el pobre estaba por aquellos sitios.

En tanto que el viejo no hacia caso de las afligidas razones de doña Casilda, gran tumulto levantóse en el concurso y viéronse muchas y doloridas lágrimas.

Lloremos, ya que no su infelice muerte, nuestra calamidad por su falta, prosiguió doña Casilda; acabó quien hacia nuestros negocios mejor y más en nuestro provecho, por poderosos, agudos y buenos que seamos. No vengan á pedirme consuelo, que yo soy la más desconsolada de todos por lo que me sé.

Rompieron algunos de los embozados en tales juramentos que no son de decir: blasfemias tantas y de tantas maneras y con tanta novedad, clamor y ahinco, que aturdián á la vecindad. Referían y tornaban á referir las hazañas de Monipodio que más estimaban.

Alto, dijo el alguacil; para no faltar á las obligaciones que me corren, y porque mancha tan vil como la del

desconocimiento de la amistad de Monipodio no me alcance, en tres dias no persigo á ninguno de esta cofradía, aunque se empeñe en ello el Asistente, mi señor: con que cada cual váyase por donde pueda, y Cristo con todos.

Esto pocas veces se encarga á perezosos y á gordos entre gentes semejantes; pues al punto y hora de proferrir esto el alguacil, más presto estuvo hecha que dicha la huida de todos.

Solamente doña Casilda se detuvo un instante para rezar una parte de Rosario por el descanso del alma de Monipodio, en tanto que Breva le pedia al alguacil que lo admitiese en su servicio para atender al de Dios y enmendar su vida: que con lo que ya sabía, sobrábale demasiado para ayudar á la justicia en persecucion de gentes menesterosas del cuidado de ella. Y ciertamente yo escribiera aquí sus buenos hechos, que mucho lo merecen, si tuviese toda la elegancia en el arte de bien hablar y en el de bien sentir; porque cosas tan excelentes no pueden fiarse á la pluma sin la certidumbre del acierto. Y como no puedo más, tampoco sé más escribir en este caso tras de la muerte de Monipodio y huida de sus discípulos, que Dios haya perdonado, como puede.